

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 19 DICIEMBRE 1896. NÚM. 51

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1.50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ENTRE AMIGOS

Querido Demófilo. En el artículo *Unión republicana*, publicado en el número 750 de *Las Dominicales*, me he fijado en varios párrafos que no debo dejar sin contestación. Sé que no has pensado en mí al escribirlos; me hubieras citado en este caso; mas como se combaten en ellos las ideas que defiendo, voy á intentar rebatir las que expones. Y te hablaré con más franqueza: acaso ni esto mismo hubiera hecho, á no pensar que te daba pretexto para desvanecer la mala impresión que algunos de esos párrafos han producido.

Y á fin de que mis lectores, acostumbrados á los escritos cortos, no se alarmen al ver este mío, que por fuerza ha de resultar largo, pondré título á cada punto que toque, comenzando por copiar el párrafo que vaya á comentar ó rebatir.

SENSATOS É INSENSATOS

«Todo el republicanismo sensato afirma la necesidad de mantener la Unión Republicana.

No estamos en circunstancias de proceder á reorganizaciones.»

Si fuese verdad lo que tú, Demófilo, afirmas, forzoso sería reconocer que la *insensatez* domina entre nosotros.

La mayoría de los republicanos, si no combate la Unión, antes es por cansancio é indiferencia, que por creer en su eficacia. No se habla con uno, aun de los que pertenecen á la Junta Central, que no la considere completamente inútil.

Por esto, lo *sensato* no es mantenerla y lo *insensato* combatirla, sino todo lo contrario. Sería lo último, si esa Junta hubiera hecho algo en provecho de lo que deseamos todos; si en vez de perder el tiempo en discusiones baldías, lo hubiese aprovechado tomando iniciativas revolucionarias; si, en fin, estuviese preparada todas las horas de todos los días para aprovechar cualquier oportunidad favorable; mas no habiendo hecho nada, lo *insensato* sería no protestar contra esa burla que se está haciendo á la opinión republicana.

¿Quieren los señores de la Junta acabar con todas las impaciencias? ¿Rehabilitarse en la opinión? ¿Obligarnos á todos á reconocer que la Unión se basta y se sobra para traer la República? Pues emprendan el único camino que queda abierto á la dignidad y á la vergüenza de todos los republicanos, y verán al punto trocarse las quejas en alabanzas y las censuras en aplausos; que no habría ninguno tan torpe ó tan pesimista que pusiera ni una china en ese camino. Actos y no palabras; esto pedimos los *insensatos* que no po-

demos comprender que en nueve meses, y en circunstancias como las que estamos, no haya hecho esa Junta más que firmar una circular, anunciar un *meeting* y sostener reyertas mezquinas cada vez que se ha reunido.

Y á propósito de circunstancias, suplico á Demófilo que se fije en lo que voy á decir:

Suponiendo que Maceo hubiera realizado su plan de entrar en la Habana mientras Weyler lo buscaba en las lomas de Pinar del Río; y que esto hubiese producido en España una excitación parecida á la que se manifestó cuando el asunto de las Carolinas; y que, sin ponerse antes de acuerdo, se hubiesen encontrado millares de españoles en la calle; y que la indignación los hubiese unido para un mismo fin, salvar la dignidad de España; y que alguien lanza el grito de ¡abajo lo existente!; y que lo secundan todos; y que, sin darse nadie cuenta exacta, nos encontramos con que el grito había bastado para derribarlo; suponiendo todo eso, muy posible, casi seguro, ¿quiere decirme Demófilo, quieren decirme los señores de la Junta Central cuál hubiera sido nuestra situación sin tener nada preparado, sin organismo que dirigiera ni fuerzas que secundaran, viéndonos obligados á esperar todo del acaso en lugar de imponerlo por la voluntad?

Solamente el pensar en esto debería llevarlos á romper de golpe y porrazo esa Unión, empedrada tal vez, como dicen que está el infierno, de buenas intenciones, pero sin medios de realizarlas.

El problema puede reproducirse el mejor día; y si permanecemos como estamos, seremos, como ahora lo habríamos sido, y como lo hemos sido hasta aquí, impotentes para resolverlo.

¿Servirá de aviso lo que ha estado á punto de ocurrir para deshacer esa última representación de nuestros egoísmos y nuestras malas pasiones, llamada Unión republicana?

Si piensan detenida y noblemente los hombres que están en ella en ese problema, que habría sido necesario resolver en dos horas, seguro estoy de que disolverán la Unión para proceder, dentro ya de la fusión, á organizar convenientemente nuestras fuerzas, que son muchas y poderosas.

Elementos revolucionarios hay de sobra en España; lo que falta es quien los ponga de acuerdo y les dé unidad; un organismo con autoridad bastante y que ofrezca garantías á todos, que trabaje por la revolución, y que, llegado el momento oportuno, marque á cada uno el sitio en que le toca cumplir con su deber.

Y únicamente con la fusión puede crearse tal organismo.

ARISTOCRACIA REPUBLICANA

«Los Sánchez, los Pérez, los González, que lo mismo gritan hoy que hay que derribar lo existente, que dicen mañana que están desengañados y se van con Cánovas ó con Comillas, no hay que contarlos como factores del producto político.»

Jamás he adulado al Pueblo. Ningún escritor demócrata le ha dicho lo que yo en mi libro *La Piqueta*. Sin embargo, te lo confieso, amigo Demófilo; me ha producido penosa impresión tu escrito.

Esos González, esos Pérez, esos Sánchez á quienes con tal desdén tratas, son los que nutren nuestras filas, los que acuden á nuestros *meetings*, los que nos dan su voto, los que aplauden nuestros actos, los que nos permiten ufarnos de que tenemos fuerza. Y no son esos, no, los que van con Cánovas ni con Comillas; son otros; los que tienen palabra

que vender, pluma que alquilar... ¡Pero ellos! ¡Pobrecillos! Si cayeran un día en la mala tentación de irse á la monarquía, en el pecado llevarían la penitencia. ¿Qué les iba á dar?

Pienso en esto de distinto modo que tú. Para mí, todo el que ha permanecido hasta hoy fiel á una República de que bien poco puede esperar mañana, hable ó calle, se resigna ó vocifere, es digno de respeto. Puede ser un fanático, hasta puede ser un ignorante, pero nunca merecerá que le despreciemos los que tenemos el deber de tender la mano á todo el que esté abajo. Exceptúo á los que se mueven por móviles reprobables; estos merecen desprecio y execración, no por altos ni por bajos, ni por Sánchez ni por Pérez, si no por miserables, por indignos.

Y no es que yo crea que esos Sánchez y esos Pérez han cumplido ni cumplen tampoco con su deber: si há tiempo se hubieran puesto en frente de las jefaturas, si no se hubiesen prestado á secundar mojigangas electorales, si hubieran empleado los medios que la democracia facilita para destituir y nombrar representantes, no habrían llegado las cosas al estado en que están.

De algún tiempo acá veo expuestas ideas bien extrañas.

Un día el Sr. Fraguas, catedrático y centralista, dice textualmente:

«Pretender el gobierno del pueblo por el pueblo con cerca de 12 millones de ignorantes en un país de 17, es más una empresa de fanatismo político avicinada con el abuso y el capricho, que una obra de sensatez y patriotismo.»

Otro día un periódico republicano de Galicia truena contra la brutalidad del número.

Y, ahora vienes tú, Demófilo, desdeñando y zahiriendo á los González, los Pérez y los Sánchez.

Lo del Sr. Fraguas se refuta por sí mismo. Si en tantos siglos de monarquía el pueblo no ha salido de su ignorancia, ¿cómo va á redimirse si no se establece la República? Luego urge traerla, aun cuando no sea más que para ponerle en condiciones de que se ilustre.

Lo de la brutalidad del número es concepto que no me explico dentro de la democracia, basada en el sufragio universal.

Y en cuanto á lo que tú has dicho, Demófilo, me limito á contestarte:

«No he atacado nunca los prestigios por el deseo de que acaben; sólo he pretendido que los que los llevan justifiquen que los merecen. Tengo tan alta idea de mí, que no me estorba nadie; mas esto no me impide reconocer que todos, absolutamente todos, hacemos falta para salvar la patria. Por sencillo que sea el mecanismo de una máquina, la rueda grande es tan necesaria como la chica; inutilizada cualquiera, la máquina no funciona.

Admiro, como tú, á los hombres que valen; me agrada entenderme con ellos mejor que con los ignorantes; no he solicitado jamás el voto de un correligionario para nada; acudo rara vez á los sitios donde se cosechan aplausos; y no obstante, considero á los Sánchez, los Pérez y los González tan necesarios en la democracia (á veces más), como los Salmerones, los Pi y los Esquerdos; aparte que éstos no podrían existir sin aquéllos:

que no hubiese un capitán, si no hubiera un labrador, como dijo con gran sentido democrático Calderón de la Barca en su inmortal drama *El alcalde de Zalamea*».

CABEZA Y CORAZÓN

«Callado, silencioso, llamando «botarate» al que

le traía las gallinas, Cánovas ha sido, al fin, el hombre de la restauración, porque tenía más cabeza que todos los restauradores.»

¡Sí; pero callado y silencioso, conspiraba, no utilizando su prestigio para vanas exhibiciones personales ni para mantener dentro del alfonsismo diferenciaciones perjudiciales en la oposición. Atraer, congrega, unir, he aquí la política de Cánovas durante la revolución; y para fortificarla, prescindió de las ideas estrechas que hasta entonces había mantenido, y transigió con la mayoría de las impuestas en el periodo revolucionario. Y así, á los seis años logró el triunfo. De nada le habría servido tener más cabeza que sus correligionarios, si no hubiese procurado en primer término ponerse en condiciones de demostrar que la tenía.

¿Han hecho lo mismo nuestros hombres? No, sino todo lo contrario. Cánovas, con gran sentido de la realidad, no se quedó rezagado en el 68: nuestros hombres no han acertado aún á salir del 73. Las mismas divisiones, las mismas rencillas, las mismas pequeneces que los dividieron entonces los mantienen separados ahora; han dado carácter de petrificación á la consecuencia, han elevado á dogma su respectivo programa, y, transformando sus microscópicas asambleas en concilios, se han hecho decretar la infalibilidad.

¿Cuál de ellos, por atraer elementos, ha prescindido de sus peculiares ideas? ¿Ha habido uno siquiera que, poniéndose al unísono con la aspiración republicana, haya disuelto la agrupación que comanda? ¿Donde está el que, rindiendo parias al patriotismo de que todos alardean, haya propuesto una solución en que para nada entre el espíritu de secta?

Y si han sido siempre así, y así son, ¿á qué viene compararlos con Cánovas, que atrajo á su causa elementos de la revolución, y abandonó á los moderados á pesar de que sus ideas encajaban mejor dentro de la monarquía restaurada, y todo para hacer á esta viable?

Hay además otro argumento que hacer aquí. ¿No son nuestros hombres de hoy los mismos que perdieron la República el 73, á pesar de tener más cabeza que sus correligionarios? Pues con seguridad que sí á Cánovas le hubieran entregado una restauración, y se la hubiese dejado arrebatar, no habrían tenido sus partidarios gran empeño en poner otra en sus manos. Sin dejar de reconocer que tenía más cabeza que todos, se hubieran guardado muy bien de colocarle en condiciones de desacreditarse nuevamente demostrando que la tal cabeza no le servía para conservar restauraciones.

Bueno es tener entendimiento; pero, en política, mejor es tener voluntad.

INTELIGENCIA Y FUERZA

«Si hay en España condiciones para hacer viable una República es precisamente por esto, porque una pléyade de hombres insignes ha consagrado su existencia, con una fe devota, al culto de la República.

Los mismos que ya han muerto nos darán su savia para mantener las instituciones republicanas. Si la República está aquí madura y puede mañana mismo convertirse en Gobierno, es precisamente por eso, por la devoción inmaculada que la han consagrado una pléyade de hombres del más elevado pensamiento y las más altas virtudes.»

«Una República española que no se sustente en esas raíces profundas, una República de Sánchez y Pérez y otros vociferadores de un día, no serviría más que para provocar una mueca de burla en el campo republicano.»

Cierto; la idea republicana debe mucho á los hombres de inteligencia, y los hombres de inteligencia son indispensables para gobernar, aun cuando en ocasiones, como ocurrió el 73, hubiéramos cambiado á gusto cien hombres de entendimiento, por uno de voluntad; doscientos insignes, por un enérgico; trescientos virtuosos, por un hombre de Estado.

Pero qué ¿no representan nada, no sirven á la idea republicana, tanto ó más que ellos, esas multitudes de Sánchez y Pérez, que sin

ambiciones personales, sin satisfacciones de vanidad, han pasado estos veintidos mortales años excluidas de todo provecho social, acudiendo á votar cuando se les ha ordenado, retrayéndose cuando se les ha dicho, dispuestas á sacrificarse en cuanto se les hubiera ordenado? Su situación, si abandonan la idea republicana, no sería peor de lo que es; para muchos individuos sería mejor; y esto no obstante, permanecen fieles, resignadas, atentas siempre á la palabra de esa pléyade de hombres de elevado pensamiento y altas virtudes, que ni ha empleado aquél en redimirlos, ni tenido la virtud de sacrificar en bien suyo ni una idea secundaria, ni un punto de su credo, ni siquiera un adarme de amor propio.

Todos esos Sánchez, esos Pérez, esos González y demás patronímicos que nutren las filas democráticas, confiando siempre en los hombres, defendiendo las ideas, deseando un pretexto para admirar y una ocasión para aplaudir, no merecen seguramente que se les trate de ese modo. Si alguno de ellos grita, ¿qué menos puede hacer después de cuatro lustros de egoísmos y de torpezas por parte de los que los buscan y halagan cuando necesitan su voto, y luego hasta les dicen que no tienen hierro en el cerebro? ¿Qué aristocracia de nuevo cuño se trata de crear? ¿O es que hay quien supone, porque ha visto callado y resignado al Pueblo tanto tiempo, que ha llegado la hora de convertir la democracia en una especie de feudalismo en que el siervo acuda á la voz de su Señor para ayudarle en la pelea, y después vuelva al terruño para sustentarle con su trabajo?

El Pueblo, como todo lo que representa una gran fuerza, el mar, el viento, el fuego, tiene sus inconvenientes y ofrece sus peligros; mas como el fuego, el viento y el mar, purifica, impulsa y sostiene; y así como no se comprendería la vida de la civilización sin esas tres fuerzas poderosas convenientemente dirigidas y aplicadas, tampoco se comprende la vida de la democracia sin el movimiento, sin las agitaciones, hasta sin las vehemencias y los arrebatos de esos Sánchez, esos Pérez, esos González y demás millones de ignorantes á que alude el Sr. Fraguas.

LOS PRESTIGIOS

«Habíamos llegado á reunir prestigios de cuatro importantes fracciones del republicanismo.

Salmerón era un prestigio indiscutible de su partido y de su país; Vallés era un prestigio popular y de su partido; Muro con Morayta representaban una fuerza indispensable á la República, la del elemento conservador; Esquerdo reúne al voto de su partido simpatías generales en el país.

¿No es una locura romper ese haz de fuerzas?

Cualquiera que sea la nueva agrupación que se forme, será manca y deficiente si falta uno sólo de esos elementos.»

¿Y quién quiere que falte ninguno de esos? Porque faltan otros es por lo que pido la fusión, en la modesta compañía de los Sánchez, los Pérez, los González, aunque coincidiendo á la vez con los Santa Marta, los Costales, los Ballesteros, los Sánchez Yago, los Blasco Ibañez, los Blasco Grajales y otros que en este instante no recuerdo.

En lo que no estoy conforme es en que se vincule en los hombres de prestigio la especialidad de salvar la patria. Pletóricos de ellos estábamos el 73, y ya vimos lo que ocurrió.

Sería efectivamente una locura romper en estos momentos un haz de fuerzas; mas como el organismo de que hablamos solamente es haz, tomado como porción, y no tiene fuerzas ni sirve siquiera para buscarlas y organizarlas, la locura estaría en no deshacer ese haz.

La razón que da Demófilo para desear que ese organismo viva, me sirve para pedir que muera. Si hemos reunido los prestigios creyendo que iban á hacer algo, y nada han hecho, ¿no es de sentido común disgregarlos, por más Sánchez, y más Pérez, y más González que

sean los que lo pretendan? ¿O es que las circunstancias nos permiten esperar años y años á que esos señores se pongan de acuerdo para trabajar prácticamente por la revolución? ¿O es que aquí hemos convenido ya en que la palabra de los hombres políticos debe tenerse en cuenta más que sus hechos? Si vemos que no intentan nada en momentos supremos como los actuales, ¿vamos á contentarnos con promesas tantas veces hechas y nunca realizadas? Conveniente es la prudencia, recomendable la calma, pero ¡por Cristo! no hasta el punto de que la primera se tome por flaqueza y por cobardía la segunda.

RECUERDO SANGRIENTO

«¿Dónde irá el pueblo con los que se dejan derrotar?»

Esta frase es terrible. Porque para derrotas grandes, profundas, la que sufrieron nuestros hombres prestigiosos el 73; ocupará el primer puesto en la historia patria por lo ignominioso.

Y si luego, aleccionados, arrepentidos y deseosos de rehabilitarse, hubieran probado esos hombres que ya no eran los mismos, deber nuestro sería olvidar lo que entonces pasó. Pero ¿lo han hecho?

Todavía Pi sigue amenazando al ejército; aún Salmerón no se ha atrevido á decir claramente, y sin declinar la responsabilidad en un periódico, que aplicará la pena de muerte cuando el Código Militar lo exija; ninguno se ha curado completamente del mal del odio, que mató la República; no están de acuerdo en casi nada... Imposible es, por lo tanto, olvidar lo que hicieron, ni dejar de recordarles constantemente que el Pueblo, como dice Demófilo apuntando á otra parte, no debería ir á ninguna con los que se dejan derrotar.

Y no obstante, el Pueblo quiere ir con ellos: ellos son los que no quieren ir con el Pueblo; Y, como en otro lugar digo, se preocupan más de lo que interesa á las clases conservadoras, que de lo que necesita el Pueblo, ese eterno engañado que se retuerce de hambre en la Península mientras sus hijos empiezan de huesos y encharcan de sangre los campos de Cuba y Filipinas.

PEQUEÑO DESAHOGO

«Las Dominicales tiene el hermosísimo timbre en su historia de no haber sido jamás, jamás, citado por un periódico monárquico con alegría por atacar al republicanismo.»

Esto, aun cuando Demófilo no lo haya escrito pensando en mí, á mí me cuadra más que á nadie. Voy, pues, á recogerlo.

Los periódicos monárquicos me han citado muchas veces por atacar, no al republicanismo, á determinados republicanos. Me envanece de ello, y les doy ahora las gracias. A lo que no me atrevo, es á elogiarlos por su acierto al ayudarme á que llegase á oídos de todos los republicanos lo que yo escribía. Sin duda se debe á eso, en gran parte, el que la propaganda se haya extendido y hoy me den la razón casi todos nuestros correligionarios.

¿Creo por esto haber sido el único que ha pensado en la inutilidad de los programas y en lo perjudicial de las jefaturas? No; pero sí que he sido el primero en decirlo. Y como tengo vivos deseos de tratar este asunto, aprovecho la ocasión para esbozarlo.

Hace años me convencí de que por el camino emprendido íbamos... á donde estamos; y comprometiendo todo lo que particularmente me interesaba, y arrostrándolo todo, la calumnia inclusive, apreté de firme hasta que acabaron las jefaturas; porque muertas están, aun cuando permanezcan en pie. A su muerte contribuyeron, más que mis ataques, los errores y las torpezas de los que las usufructaban; pero sería injusto negar que algo hice.

¿Se apreció entonces ni se apreciaba todavía

eso que hice? No; amigos íntimos se creyeron en el deber ¡los infelices! de apartarse de mí cual de un apestado, por temor á caer en desgracia con su jefe; se formó una especie de cordón sanitario alrededor mío, y algunos miserables con vistas á la policía buscaron patentes de pureza republicana en mi difamación.

Lo que la reacción clerical en masa no había conseguido, ni aun secundada ciegamente por el gobierno conservador, quebrantar EL MOTÍN, lo lograron algunos que me avergüenzan de llamar correligionarios. El dejar la suscripción se presentaba como un mérito; el disuadir á los corresponsales de que llevasen el periódico, como una prueba de republicanismo. Hay que tener en cuenta que los tales no tenían otras pruebas que dar ni otros méritos que exhibir.

Y así, de pérdida en pérdida, y de reforma en reforma, ha venido EL MOTÍN á transformarse, de un periódico con caricaturas al cromó que se vendía bien á 15 céntimos, en un periódico sin ellas que á 5 no se vende más.

¿Cómo he podido resistir esto? Ni yo mismo lo sé. Cuando se llega á ciertas situaciones, se pierde hasta la conciencia del estado en que uno se encuentra... Unicamente recuerdo (porque para esto sí que no me falta la memoria, ni me faltará jamás), que á un amigo, cuyo nombre haré público cuando él me autorice, por más que sólo con indicarlo haya acudido á los labios de todo republicano, se debe la salvación del periódico. Esto sin contar que en los cuatro años últimos se han tirado á la calle, ¡á la calle, así como suena!, millares de libros que había adquirido la empresa de EL MOTÍN en muchos años de trabajo y economía.

¿Cuánto deseaba hablar de esto! Sí; ansiaba decir que á EL MOTÍN se le ha hecho una guerra tal por los feticistas y los canallas, que si con igual tenacidad y empeño se la hacen á la monarquía, tiempo há que estaríamos en República. Y mientras ellos se arrastraban, como lacayos dignos de serlo, á los pies de los jefes, y por merecer una de sus sonrisas movían sus emporcadas lenguas en mi descrédito, yo molestaba á ese amigo, (y alguno más luego, cuyo nombre delataré también,) y pedía á mis compañeros en la prensa que anunciaran la venta de las obras que se administraban en esta redacción con el 75 por 100 de rebaja; y me veía, lo que antes no me había ocurrido, con letras protestadas; y tenía que dar explicaciones á quien reclamaba con justicia lo que se le debía, y que sufrir, en fin, todas las angustias y todos los sonrojos que se amontonan sobre el hombre que ha adquirido compromisos de dinero cuando tenía medios de satisfacerlos con holgura, y al llegar el plazo no puede cumplirlos.

Era un encanto abrir por aquellos tiempos la correspondencia: de veinte cartas, quince por lo menos eran de escrupulosos ciudadanos que se daban de baja por no poder sufrir que se atacase á su ídolo. Y como había tantos ídolos, ¡chehe usted bajas! Fue aquello verdaderamente una orgía de imbecilidades. Correligionario (¡qué asco de palabra cuando se aplica como ahora lo hago!), correligionario había que, no contento con ahorrarse la peseta de la suscripción, se permitía el lujo de calificar mi conducta. ¿Y qué hacía yo? Escupir sobre el papel. Porque eso no; yo no he tragado saliva; la he derrochado. Por aquel tiempo debí hacer muy malas digestiones por escasez de ese humor que sirve, entre otras cosas, para facilitarlas ablandando los alimentos.

Y lo peor de aquello era que no podía ni devolver golpe por golpe: aplastar sapos es ocupación sucia. Además ¡eran tantos! ¡Porque cuidado si abundan los insignificantes! Y tener que ocuparme de ellos, yo, que venía luchando contra los jefes, como tales jefes! Hubiera sido rebajarme mucho. Lo que decía Cúchares en la Habana: «Los toros, bueno; ¡pero los mosquitos!...»

¿Me achicaba yo por esto? No. A más con-

trariedades, más firmeza. Hasta me alegraba de que se fueran en montón: me dolía trabajar para tanto estúpido. Hoy, á más distancia, pienso... exactamente lo mismo.

¿Por qué pude hacer todo esto? Porque no miré ni una sola vez á la Caja de la Administración. Estas empresas no se realizan si intervienen los números. Hay que cerrar los ojos, á salga lo que saliere. El día que miré á la Caja, ví que no habían caído por tierra las jefaturas únicamente.

En una de las cartas del *Caballero de la Tenaza*, del inmortal Quevedo, hay esta frase: «Dícenme, señora, que estáis preñada, y lo creo, porque el ejercicio que traéis no es para menos.» Lo mismo me ocurrió á mí que á la tal señora; el ejercicio que traía me proporcionó la visita de un escribano, que venía con el antipático mandato, que cumplió, de embargar hasta la respiración en nombre de un acreedor más necesitado ó más torpe que los demás. Esto agravó un poquillo la situación de la empresa, pero no influyó en mi propósito de derribar el edificio resentido y apuntalado, propósito que cumplo cada día con más empeño, y con más fe, y hasta con más esperanza.

¡Ah! Se me olvidaba lo mejor. Debo también agradecimiento á una cualidad que algunos execran: el orgullo. Sí; ¡bendito sea él, que ha contribuido en gran manera á salvarme! A él le debo la fortaleza para sufrir contrariedades, el desprecio que reparto equitativamente entre los degradados... Acaso lo tenga en dosis que me perjudique; pero podría no tenerlo, al ver que lo propagado y defendido por mí es lo que hoy acepta y proclama la mayoría de los republicanos?

Sé que nada de cuanto he hecho es práctico, ¡pudiera no saberlo!; que para llegar en política hay que afiliarse á un partido y seguirlo hasta en sus errores; que la opinión suele á veces formar una reata de necios ó de buscavidas que llaman consecuencia á su constancia en vestir la librea lacayuna; que la independencia haga el vacío, que no hay medio de nadar contra la corriente en los partidos populares...

Y, sin embargo, ni me arrepiento, ni hago propósito de la enmienda. Y diré más: tan satisfecho estoy de lo que he pensado y lo que he escrito, que volvería á publicarlo si ya no lo hubiese hecho, aun sabiendo lo que me esperaba; hasta tal punto creo que mi labor ha sido conveniente y necesaria.

¿Quiere decir esto que en tantos años no haya sentido debilidad alguna vez? ¡Oh, sí, la he sentido! Más de una me he preguntado:

«¿Es posible que esta labor, donde he puesto voluntad, constancia é inteligencia, sea perdida? ¿Que el premio de una buena intención lleve al aislamiento? ¿Que mi amor á la República sólo coseche calumnias?—Y... no, no puede ser—me he contestado sin vacilar. El hombre que pone tantas nobles intenciones y tantas convicciones honradas al servicio de una idea, debe esperar cuando menos que la opinión le haga, tarde ó temprano, completa justicia.»

Y, debo declararlo, porque lo siento, porque lo veo, porque lo toco: la opinión me ha hecho esa justicia. No hay republicano decente, há-yalo atacado ó no en el ardor de la lucha, que no se crea al darme su mano tan honrado como yo al estrechar la suya. De la chusma no hablo; siempre la desprecié. Y conste que la chusma para mí, no son los *Sánchez*, los *Pérez* ni los *González*; la chusma para mí... es la chusma, así lleve los apellidos de Tellez de Giron, Alvarez de Toledo, Fernández de Córdoba, ú otros igualmente linajudos.

Y he referido todas estas cosas, porque, como ya he dicho, tenía deseos de soltarlas, y también por persuadir de paso al amigo *Demófilo*, de que seguirá apretando como hasta aquí, sin que haya interés personal, ni político, ni económico que me haga desistir de

mi empeño. Y si esto me hubiera de acarrear más pérdidas (que lo dudo), ó más disgustos (que lo dudo doblemente), si el número de lectores de EL MOTÍN quedase reducido á un millar ó dos, con esos millares cambiaría mis impresiones, á esos millares le diría cuanto pienso y en la mejor forma que pudiera, pues esos millares valdrían más á mis ojos y merecerían más que los otros que me hubieran dejado, unos por no pensar, otros por no pensar como yo, éstos por dudar de mí, aquéllos por adular á alguien, y muchos por no haber sabido nunca leer lo que escribo y haberme yo empeñado en echar margaritas á puercos.

LA OBRA DE LOS PRESTIGIOS

«Prefiera la juventud no tener República, á tenerla saltando por los hombres prestigiosos que se la han preparado con su sabiduría, sus prestigios y su fe.»

Esos hombres no han preparado nada; lo que han hecho es desilusionar á muchos jóvenes y empujarlos hacia la monarquía; matar, no la fe, por que ésta sobrevive á todos los engaños en política, si no la esperanza en muchos republicanos que hoy viven alejados de la lucha activa; hacer que el país nos considere como una fuerza perdida, pese á nuestras jactancias inofensivas y á nuestras amenazas risibles; convertir en enemigos á los republicanos, por habernos hecho cómplices de sus odios y de sus miserias.

Esto es lo que han preparado los prestigios, y además esta situación vergonzosa en que estamos, que nos priva hasta de poder contestar á los que nos preguntan: «Y ustedes, ¿qué hacen? «Por que ni los mismos monárquicos se explican el porqué no los hemos arrojado ya á puntapiés. En verdad, ellos no han podido ni pueden hacer más porque venga la República. Pero, nosotros nada; queremos que nos la traigan á casa, bajo palio, y con el programa y el jefe de la devoción de cada uno. Y si no, no.

COMPARACIÓN INADMISIBLE

«Acababa Gambetta de prestar los más grandes servicios á la Francia; había hecho ya como periodista y como orador incomparable una campaña que le había colocado en el primer lugar de los tribunos y de los patriotas. Sin embargo, cuando se trató de fundar la República, él mismo señaló con el dedo hacia Thiers, republicano del día antes, pero cuyos prestigios nacionales tenían raíces que llegaban á lo más hondo de la sociedad francesa.

Eso es ser políticos.»

Sí, eso es serlo. ¿Mas acaso nuestros hombres prestigiosos son así? ¿Cuál de ellos, no digo en favor de un hombre de abolengo monárquico, en favor de uno de abolengo republicano, es capaz de señalar con el dedo al que reuna más méritos ó más condiciones para salvar la patria? ¡Pues si precisamente toda la cuestión estriba en esto! En que ninguno, á pesar de su entendimiento, de sus virtudes y de su amor á la República, es capaz de dar el ejemplo hermoso de abnegación y patriotismo que dió Gambetta.

Si *Demófilo* hubiera intentado reventar á nuestros hombres, nada podría habersele ocurrido más sangriento que recordar ese acto á los que se niegan á toda transacción si su personalidad no queda á flote.

¿Sabe mi querido compañero por qué no se ha hecho ya la fusión? Por eso cabalmente; por temor á que eleve á algunos y obscurezca á varios. ¡Y esto cuando sólo se trata de traer la República! ¿Qué no ocurriría si ya estuviese establecida? De fijo que no habría puja de abnegaciones.

Y aquí una observación que viene á cuento.

La propaganda de prestigios lleva hoy lógicamente, aun contra la voluntad del que la haga, á la solución Castelar. Si se quiere en primer término buscar un nombre que tenga raíces que lleguen á lo más hondo de la sociedad española (palabras de *Demófilo*), fuerza es, aun-

que nos duela, resignarnos á reconocer que ese nombre es el de Castelar. Y que no hay otro. ¿Se trata de dar garantías al ejército? Su conducta en el 73 le abona. ¿De halagar al clero? Concorre, breviarío en ristre, á las fiestas religiosas y oye misa los domingos y fiestas de guardar. ¿De inspirar confianza al capital? Es enemigo acérrimo del socialismo. ¿De no alarmar á la aristocracia? Concorre á sus reuniones y banquetes. Y, como además de todo esto, tiene en el extranjero más renombre que ninguno de nuestros políticos, hacer hoy propaganda de prestigios republicanos, es hacer la política de Castelar.

En vano Salmerón trata de atraerse las clases conservadoras; en balde llama á la opinión neutra. Si un día la fuerza de las circunstancias imponen la República en vez de venir por la revolución, esa República será conservadora, reaccionaria, y la regirá Castelar. Es un peligro que vengo señalando há tiempo, y que nadie quiere ver. Y á que ese peligro sea mayor cada día, contribuyen en primer término los que tratan de atraerse las clases conservadoras por conducto de los prestigios del campo revolucionario.

LOS VERDADEROS CULPABLES

«Creer traer en España una República sin raíces en el campo republicano ni en la sociedad española, es un delirio.»

¿Y por qué no tiene raíces? ¿Quién ha impedido que arraigue si no los hombres de prestigio que vienen dando hace años el espectáculo suicida de sus divisiones, de sus antagonismos?

¿Podía haber echado raíces una política que se ha reducido á mantener y aumentar la división, discutir pequeneces, fundar comités, celebrar banquetes, hacer coaliciones y romperlas, uniones y petrificarlas, y que cuando una fracción ha hecho un movimiento de fuerza se ha visto condenada por las otras; y que toda la vitalidad y la virilidad la ha empleado en pronunciar discursos, dar serenatas, felicitar por telégrafo y desacreditar los adjetivos encomiásticos á puro aplicarlos sin justicia ni medida?

Los que esa política han iniciado y mantenido, esos y sólo esos son los culpables de que la República no tenga hoy en España las raíces que debiera y que no la consideren todos como solución y salvación; y serán los responsables de que muchos republicanos, á más de los que ya lo han hecho, se encierren en su casa y planten en la calle al que vaya á hablarles de política.

CONCLUSIÓN

Y termino por hoy, rogando á mi querido compañero Demófilo tres cosas:

Que desvanezca la mala impresión que ha causado su artículo por creerse que trata de deprimir al Pueblo, propósito que con seguridad no ha tenido.

Que ponga su pluma al servicio de la fusión, ya que la Unión ha fracasado, contribuyendo así poderosamente á lo que todos deseamos.

Y que me dispense por haber tomado pretexto de su escrito para decir algo de lo mucho que guardo, aun cuando no haya resultado del todo pertinente.

JOSÉ NAKENS.

ESBOZOS DE IDEAS

El que quiera tener una idea aproximada de lo envilecidos y degradados que estamos, fijese en la extrañeza y la admiración que sentimos ante un rasgo de dignidad, de valor ó de honradez.

Los fenómenos de la naturaleza nos producen menos admiración que ese fenómeno moral.

Miente aquel que diga que no hay ahora dinero en España. Nunca abundó tanto.

Sólo que no influye en la prosperidad del país, porque se dedica á fundaciones piadosas, á levantar conventos, á fiestas de Iglesia, al patriotismo usurario, á la lista civil, al presupuesto del clero y á enriquecer las grandes Compañías.

Y como todo esto lo consentimos los españoles, conste que no somos pobres, si no sinvergüenzas.

En una tienda de ultramarinos.

—¿Has echado al vino el alcohol alemán?

—Si, señor.

—¿Mezclaste el aceite de cacahuet con el de oliva?

—Si, señor.

—¿Has encargado al tío ese de los embutidos que no les ponga tanta carne de mula, porque resultan muy duros?

—Si, señor.

—Bien, hijo mío; ahora á rezar nuestras oraciones para que Dios se digne, como hasta aquí, proteger nuestro comercio en este miserable valle de lágrimas, y nos reciba después en su santa gracia. ¡Ah!, que no se te olvide escribirle mañana al de los jamones diciéndole que no le pago los que tienen *trichina* más que á seis reales kilo.

Nada hay que produzca más que la pobreza.

Díganlo los millares de ciudadanas y ciudadanos que viven hoy en España de la explotación de la caridad.

Si en un día dado se suprimiera el saqueo caritativo, los pobres en cuyo nombre se lleva á cabo nada perderían; en cambio se quedarían á pan pedir los que hoy viven de eso, y no así como se quiera, sino en edificios soberbios, con buena mesa, servidores, carruajes, consideración é influencia.

Todos estos piensan como aquel que repetía constantemente á manera de estribillo: «quiero mejor que me llamen *ladrón*, que *pobre*».

Cuéntase que un soldado en Prusia robó las alhajas de una Virgen, y en su defensa adujo que de las manos de ella las había recibido después de rogarle que le asistiera en sus aflicciones y las de su familia.

Federico el Grande consultó sobre la posibilidad del hecho á unos teólogos, y unánimes hubieron de decirle que nada había imposible para Dios y sus escogidos.

Lo que traslado á los que deshollinan de alhajas las iglesias y se dejan coger, para que lo aleguen en su defensa; si bien creo que no ha de valerles.

Los teólogos de estos tiempos admiten los milagros que se encaminan á su provecho, no aquellos que favorecen á los demás.

Por esto, es un santo el que agencia alhajas para los templos fingiendo milagros, y un ladrón el que se las lleva.

Esto no obstante, hagan la prueba los ladrones de alhajas de los templos. Por probar nada se pierde.

Entró la pobre niña tiritando en la Iglesia; no la vió el sacristán por estar ocupado en colocar un cojín para una señora de un comerciante que robó lo suficiente para pagar un título palatino, y pudo acurrucarse en un rincón en la capilla de la Virgen.

Cuando acababa de juntar sus manecitas yertas para pedirle que enviase un alma caritativa á socorrer á su madre, que agonizaba de hambre, la vió el sacristán, corrió hacia ella, la golpeó, y la niña salió del templo sin explicarse por qué la Virgen no había confundido á aquel mal hombre que en su presencia la había maltratado, á ella, que creyó al entrar en la iglesia que Jesucristo era el Dios de los pobres y los desvalidos.

¡Oh, santa inocencia!

Los curas son la base de los lectores de EL MOTIN. Y se comprende.

Los unos lo leen, por ver si se ha descubierto y se publica la fechoría que cometieron la semana anterior; y los otros, por alegrarse del mal del compañero, y propinarse á la vez la satisfacción de decir que son intachables, puesto que no los nombra EL MOTIN.

Y véase por dónde EL MOTIN es el barómetro de la moralidad del clero.

¡Eh! ¡oye! ¡Sube! Mi padre está en el campo, mi madre en misa, y yo en camisa.

—¡Malditos sean los inconvenientes!

Esto, que contestó el mozo á la moza del cuento, es lo que venimos contestando los republicanos al país, que nos solicita á cada paso.

Ha muerto en Úbeda Doña María Muñoz, madre de Don Antonio Catena, propietario de El País.

Desearíamos que los dolores de esta indole pudieran aminorarse al saber que hay quien los comparte, para procurarle al querido amigo algún consuelo.

HISTORIA DE ESPAÑA

POR

ANSELMO ARENAS

Excatedrático del Instituto de Granada

Esta imparcial historia, en que se pintan los horrores del absolutismo y la teocracia, se halla de venta en esta administración. Precio: 15 pesetas, los dos tomos.

Para los lectores de EL MOTIN, 7:50 pesetas, en iguales condiciones que la siguiente.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mole, por El Motin. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de Las Ruinas de Palmira.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo La paz, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Carta de Carlos Mauricio de Talleyrand, al Papa Pío VII

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por El Motin.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

Cartas á Eugenia, por Frère.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

Las sesenta y siete célebres preguntas, de Zapala. Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fue quemado en Valladolid en 1631.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.